

LA BIBLIA: EL MANJAR DE DIOS

SANTIAGO SIERRA RUBIO, O.S.A.

Cuando nos acercamos a la Biblia, la finalidad primera es alimentar nuestra vida de creyentes y no crecer en ciencia. Por eso, sin renunciar al plano de la inteligencia, nos adentraremos más en el de la fe. Al menos por mi parte, pretendo llegar, en el estudio de Agustín, al alma de la Escritura, y al alma sólo se llega desde la vida. Es cierto que Dios brindó al hombre en la Biblia todas las verdades que necesita y precisa en cada momento para vivir en plenitud, pero no es menos cierto que algunos personajes de la historia de todos los tiempos se nos presentan como hitos que marcan los caminos y nos ayudan en nuestra aventura espiritual. Uno de estos personajes – indicador de caminos – es, sin duda, Agustín de Hipona.

Para san Agustín la Biblia es un medio que Dios nos ha dado para nuestra perfección, por tanto, no puede ser un libro selectivo. Durante toda su vida de pastor, trató de poner la Escritura al alcance de sus fieles. Como escritor y como director de almas no se cansó de repetir la invitación a estudiar la Biblia. Es importante subrayar que la Biblia es un libro para todos, no sólo para los formados e inteligentes. Además, en la Escritura se adquiere el conocimiento del misterio de Cristo. Él ha sido el primero que ha experimentado todo lo que recomienda a sus fieles en lo cotidiano de su vida. Agustín logró una erudición bíblica muy superior a todos sus contemporáneos; no sólo ha hecho una lectura bíblica, sino que ha reflexionado, y en muchos momentos con oportunas anotaciones, las enseñanzas que se desprendían de la lectura reposada y reiterada. Ninguno de los escritores cristianos de la antigüedad ha contribuido tanto como Agustín al progreso y la profundización en la Palabra revelada. El que sea un instrumento para nuestra perfección quiere decir que la Biblia no es un libro de ciencia, sino de doctrina de salvación: "Brevemente he de decir que nuestros autores sagrados conocieron sobre la figura del cielo lo que se conforma a la verdad, pero el Espíritu de Dios, que hablaba por medio de ellos, no quiso enseñar a los hombres estas cosas que no reportaban utilidad alguna para la vida futura" (*Comentario literal al Génesis 2,9,20*).

La Escritura es para Agustín un libro religioso inspirado; en él se nos revela la verdad de la salvación, pero la garantía de esa verdad de la revelación nos la proporciona la Iglesia: "Yo, en verdad, no creería en el Evangelio si no me impulsase a ello la autoridad de la Iglesia católica" (*Réplica a la carta de Manés, llamada "del fundamento" 5*). Agustín buscó ahondar en el verdadero sentido bíblico y vio la Biblia como la palabra de Dios revelada y liberadora. Por eso, para acercarse a la Biblia es necesario ser orantes e inteligentes, o mejor, sabios y santos, porque "ni siquiera las Sagradas Escrituras (que imponen la fe en grandes misterios antes de que podamos entenderlos) podrán serte útiles si no las entiendes rectamente... Tú, carísimo, ora intensa y fielmente para que el Señor te dé el entender, y así puedan serte fructuosos los avisos que desde fuera te ofrece la inteligencia de los maestros o doctores" (*Carta 120,13-14*). Agustín se da cuenta que la vida eterna no sólo es creer la Palabra, sino también comprenderla: "Porque, si oír y creer su palabra es la vida eterna, con más razón será comprenderla" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 22,2*).

Agustín es un hombre de su tiempo y no se puede enjuiciar su cultura bíblica con los criterios modernos; muchas de sus interpretaciones hoy son descartables. No obstante, su contribución al progreso de la exégesis fue positiva, sobre todo con la obra *La doctrina cristiana*, la primera introducción sistemática a la Sagrada Escritura. No es un biblista teórico y abstracto, aunque tampoco se puede decir que sea un mero espiritualista que utiliza a su antojo los textos bíblicos. Estudia la Biblia desde una óptica pastoral y, por tanto, la interpreta eclesialmente, es decir, no considera el texto como simple tema de estudio. Hoy podemos sonreírnos ante muchas de sus soluciones, pero en su tiempo fueron válidas. Los comentarios bíblicos de Agustín no son obra de especialista ni destinados a especialistas, son reflexiones de un convertido que nos ofrecen además del valor estrictamente bíblico, el valor filosófico, teológico y vital. Tras su conversión se familiarizó de tal modo con la Biblia, que toda su producción contiene un fondo bíblico de una riqueza inigualable.

Se puede afirmar que la Escritura y la tradición constituyen las bases inamovibles de su elaboración teológica y la cimentación de su práctica pastoral. Agustín asimiló perfectamente el texto bíblico que se convierte en el nervio central de toda su reflexión teológica y espiritual. La influencia del texto sagrado en la teología agustiniana es impresionante. El estudio y la explicación de la Biblia ocupan, desde el primer momento, la primera línea de su atención; basten recordar las obras en torno al Antiguo Testamento, sobre todo los comentarios a los primeros capítulos del Génesis. Para Agustín la Biblia es la fuente de toda su enseñanza religiosa y de su formación espiritual. Con frecuencia intenta adaptar la palabra de Dios a todas las circunstancias cotidianas y utiliza la Biblia como fuente de espiritualidad de su doctrina. Aunque se comporte de modo diferente a los modernos exegetas, no se puede decir que Agustín malinterprete la Escritura. Más que un exegeta, Agustín es un teólogo que, preocupado por las cosas divinas, acude a la Biblia, por ser ésta la fuente a través de la cual llega a los hombres todo cuanto Dios ha querido comunicarnos sobre su esencia y perfecciones: "En estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras caminamos por la fe y no por la visión, debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar. Aprenda en las divinas y santas Escrituras a dirigir a ellas la vista de la fe como a una lámpara colocada en un tenebroso lugar hasta que nazca el día y el lucero brille en nuestros corazones" (*Carta* 130,2,5).

Agustín, de hecho, se sirve del texto sagrado para proporcionar el bálsamo que necesitaban los hombres de su tiempo y curar las enfermedades que existían: "No me miréis a mí, sino mirad a la Palabra de Dios" (*Sermón* 9,11). Esta Palabra nunca puede quedar infecunda, como mínimo, consuela: "Son muchos los que producen consuelo y satisfacción, puesto que la palabra de Dios no queda infecunda en quienes la escuchan con fe" (*Sermón* 301,4). Se ha dicho de él que más que un exegeta es un eisegeta (cf. MANRIQUE, "Interpretación y utilización de la Biblia en san Agustín", en *La ciudad de Dios* 182, pp. 157-174; SALAS, A., San Agustín: "¿Exégeta o eisegeta?", en *Pensamiento agustiniano* VI, Caracas 1992; SALAS y MANRIQUE, *Evangelio y Comunidad. Raíces bíblicas de la consagración a Dios en San Agustín*, Madrid 1978). Es decir, uno que ha buscado en los textos bíblicos un aval a sus propias convicciones religiosas, que tenía ya elaboradas de antemano. Esto, con frecuencia, dice mucho a favor de Agustín, ya que ha tenido intuiciones importantes anteriores a

su contacto con la Biblia, aunque, por otra parte, se ha acercado a la Biblia con un cierto prejuicio, es decir, no ha ido abierto a recibir lo que ella le dijese, sino buscando argumentos a su favor.

Para Agustín los buenos cristianos son "los que conocen las Escrituras divinas, los que asiduamente concurren a esta escuela, los que no odian al maestro como alumnos desesperanzados y prestan atención a los lectores en la Iglesia y abren completamente el recipiente de su corazón a lo que fluye de la Escritura divina..." (*Sermón 32,2*). Para ser buenos cristianos Agustín nos presenta un camino desde el acercamiento a la Escritura donde encontramos las lecciones impartidas por el mismo Cristo a través de la Iglesia.

I. LA ESCRITURA EN LA EXPERIENCIA DE AGUSTÍN.

En el primer encuentro de Agustín con la Biblia, se sintió desilusionado por el estilo poco brillante que tenía el texto (cf. *Confesiones 3,5,9*). No obstante, durante todo su período maniqueo, se ocupó intensamente de los problemas bíblicos, entre otras cosas porque lo necesitaba en su confrontación con los católicos. La mentalidad agustiniana es radical y profundamente bíblica por sus contenidos; es más, sus concepciones, por ejemplo, del hombre como imagen de Dios, tienen su origen en la Biblia, es decir, la experiencia bíblica ha marcado profundamente su pensamiento.

En su propia experiencia, Agustín ha aprendido que es necesario acercarse a la Escritura con humildad, mansedumbre y paciencia: "Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aun jovenzuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad" (*Sermón 51,6*). Buscar adecuadamente, se convierte en un abrir el corazón para acoger con sinceridad lo que se nos dice en la Escritura con humildad. En el fondo, Agustín se sentía imposibilitado por su orgullo para acercarse adecuadamente a la Escritura y al misterio que encierra. El encuentro con las cartas de san Pablo en vísperas de su conversión, es un encuentro de luz que le ayuda a resolver el problema del escepticismo y del naturalismo (cf. *Confesiones 7,21,27*). Después de la gracia de la conversión, la Escritura fue para Agustín el alimento, el pan cotidiano: "¡Qué voces te di, Dios mío, cuando, todavía novicio en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansado en la quinta los salmos de David...! ¡Qué voces, sí, te daba en aquellos salmos y cómo me inflamaba en ti con ellos y me encendía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero, contra la soberbia del género humano!" (*Confesiones 9,4,8*).

Al poco tiempo de su ordenación sacerdotal, en el 391, escribe una carta confidencial, llena de veneración y ternura, dirigida a su anciano obispo Valerio. En esta carta se pueden percibir los sentimientos íntimos que tiene en este momento y el alto concepto del ministerio clerical, pero, a la vez, los graves peligros que rodean al sacerdote. Por eso, le pide a su obispo, unos meses de preparación, sobre todo leyendo, meditando y estudiando las Sagradas Escrituras: "Sé de cierto que debo estudiar todas las medicinas contenidas en sus Escrituras y dedicarme a la

oración y a la lectura. Debo adquirir para tan peligroso puesto la oportuna salud de mi alma. No la adquirí antes porque no tuve tiempo para ello. Fui ordenado justamente cuando buscaba ocasión y espacio para meditar la Sagrada Escritura; ya me estaba dando traza para buscarme el ocio con esa finalidad. Aún no conocía bastante mi deficiencia en ese aspecto, y ahora me atormenta y aterra. Mas, ya que los hechos me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para distribuir al pueblo el sacramento y la palabra de Dios, no me es posible en la actualidad adquirir lo que reconozco que me falta" (*Carta 21,3*).

Desde el primer momento, Agustín quiere realizar el modelo de sacerdote de Cristo y se da cuenta que lo fundamental es prepararse seriamente. El sacerdote es el hombre de Dios que tiene la misión de dispensar a sus hermanos los tesoros que Dios le ha encomendado: el Evangelio, los sacramentos, la gracia, y dispensarlos con generosidad y dedicación: "Me atrevo a confesar que conozco lo que atañe a mi propia salud. Mas ¿cómo he de administrarlo a los demás sin buscar mi propia utilidad, sino la salvación de los otros? Quizá haya ciertos consejos en los Sagrados Libros (y no cabe duda de que los hay), cuyo conocimiento y comprensión ayudan al hombre de Dios a tratar con más orden los asuntos eclesiásticos, o por lo menos a vivir con sana conciencia entre las manos de los impíos, o a morir por no perder aquella vida por la que suspiran los corazones cristianos, humildes y mansos. ¿Cómo puedo conseguir eso sino pidiendo, llamando y buscando es decir, orando, leyendo y llorando, como el mismo Señor preceptuó?" (*Carta 21,4*).

Agustín no pretende adquirir la ciencia sagrada, lo que a él le preocupa es que no tiene una sólida formación espiritual y está buscando una intensa vida interior, esto es lo que él aconseja más tarde: "Te exhorto con todas mis fuerzas a que no te duela entregarte de lleno al estudio de las Letras auténticas y ciertamente santas. Es una realidad auténtica y sólida, no fascina al alma con palabras seductoras ni repite una vana cantinela velada con los celajes de la lengua. Impresiona mucho al que está ávido de realidades y no de palabras. Mucho aterra al que vive seguro de su conducta. Te exhorto a que leas con preferencia las Epístolas apostólicas, pues por ellas te animarás a leer los profetas, de cuyo testimonio usan los apóstoles" (*Carta 132*).

Cuando Agustín se propone un estudio más a fondo de la Escritura, lo que intenta conseguir se puede resumir en tres objetivos: colmar las exigencias personales, las exigencias doctrinales y las exigencias pastorales. Las exigencias personales porque después de la conversión era necesario profundizar en la vida cristiana y clarificar muchos aspectos que sin duda la Biblia se los podía proporcionar. Las exigencias doctrinales porque en el contacto con los maniqueos, había almacenado demasiados prejuicios con relación a ciertos pasajes de la Escritura, pero además se sentía con la responsabilidad de desenmascarar las doctrinas maniqueas para que otros incautos como él no se viesan arrastrados y engañados. Las exigencias pastorales le venían impuestas por su nueva posición en la Iglesia de Dios y la exigencia de responder no sólo de sí mismo, sino también de los que le habían encomendado. Como guía del Pueblo de Dios, se veía obligado a orientarle en todos los aspectos.

Además, Agustín es un pastor y tiene que predicar a su pueblo. La lectura de la Biblia hecha en la asamblea litúrgica es el punto de partida único de la predicación de Agustín; quiere decir que el contacto de Agustín con la Escritura es casi continuo. Predicaba habitualmente todos los días, e incluso algunos días dos veces. Comentaba lo leído o cantado, que en algunos tiempos litúrgicos eran lecturas fijas, mientras que en los días ordinarios las elegía el mismo celebrante. Con frecuencia, Agustín comentaba un libro seguido. No obstante, Agustín aspira a la paz del monasterio e, incluso en medio de la mayor actividad apostólica, seguía soñando con la posibilidad de dedicarse al estudio de la Biblia, a trabajar en algún momento señalado y dedicarse a la oración: "Pero pongo por testigo sobre mi alma a Jesucristo, en cuyo nombre os digo estas cosas sin vacilar; por lo que toca a mi comodidad, preferiría mil veces ocuparme en un trabajo manual cada día y a horas determinadas, y disponer de las restantes horas libres para leer, orar, escribir algo acerca de las divinas Escrituras..." (*El trabajo de los monjes* 29,37).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué actitud adopto ante la Escritura: leo y reflexiono sobre ella o la dejo de lado?
- ¿Me acerco a la Escritura con una actitud de escucha, de deseo de aprender o no espero mucho de él porque lo veo como un libro antiguo?
- ¿Cómo me sitúo ante la revelación viviente que es Jesucristo y ante la revelación escrita que es la Biblia? ¿Cómo hombre religioso, como curioso crítico... etc.?

II . EXCELENCIA Y PROFUNDIDAD DE LA ESCRITURA.

La Escritura es una tierra virgen e inexplorada que esconde tesoros siempre nuevos. Nos ayuda a entrar dentro de nosotros mismos y a confrontarnos con nuestra vida. Nos invita a estar en las cosas del Padre que es un programa de vida para todos. Probablemente, cada uno de nosotros puede recordar muy bien el lugar, el acontecimiento en el que hemos comprendido que Dios se nos manifestaba y nos comunicaba un rayo de luz de su misterio. En cierta ocasión, Agustín está comentando un texto de la Epístola a los Romanos (11,33) y exclama: "¿Crees que nosotros podemos escrutar esto que llenó de tanto terror al Apóstol? Estremeciéndose al considerar tan gran profundidad y sublimidad, exclamó: ¡Oh abismo de riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios!...Tú buscas una razón y yo me estremezco ante la sublimidad... Tú buscas razones; yo me quedaré en la admiración. Disputa tú; a mí me basta creer. Veo la profundidad, pero no puedo llegar hasta el fondo... Por lo tanto, que nadie me exija a mí los motivos de cosas tan ocultas. Dice él: Insondables son sus juicios, ¿y vienes tú a examinarlos? Dice él: Inescrutables son sus caminos, ¿y has venido tú a investigarlos? Si has venido a investigar lo insondable y a escudriñar lo inescrutable, cree, pues, que has perecido" (*Sermón* 27,7).

Agustín considera la Biblia como la expresión inmediata de la voluntad y la inteligencia de Dios. La Escritura no es un libro de historia, sino una oferta divina que se brinda al hombre de fe para descubrirle lo que Dios le pide en cada momento y qué

es lo que tiene que hacer para agradarle. Es la carta que Dios nos ha escrito a los hombres: "De aquella ciudad a la que nos dirigimos nos fueron enviadas cartas, las santas Escrituras, que nos exhortan a vivir bien" (*Comentarios a los Salmos* 90,2,1). Y en otro lugar: "nos llegaron cartas de nuestra patria; os las leemos" (*Comentarios a los Salmos* 149,5). Lo que hace Dios enviando sus cartas es hacer crecer en nosotros el deseo de la patria, de volver a nuestro auténtico hogar: "Nuestro Padre nos envió unas cartas desde allí. Dios nos proporcionó las santas Escrituras; con tales cartas excitó en nosotros el deseo de volver, ya que, amando nuestra peregrinación, mirábamos de cara al enemigo y dejábamos de espaldas a la patria" (*Comentarios a los Salmos* 64,2). El valor de la Escritura es inmenso: "La palabra, que supera todas las cosas, no tiene precio absolutamente alguno" (*Sermón* 117,1). ¿En qué manifiesta principalmente su fuerza la palabra de Dios? En que es una carta que Dios nos ha remitido para que conozcamos sus deseos.

La Palabra de Dios, cuando es leída en un contexto eclesial, es, según Agustín, como un manuscrito de Dios, donde se encuentran narradas todas las promesas del Señor (cf. *Comentarios a los Salmos* 144,17). La Biblia es verdad porque viene de Dios. Su autor principal es Dios que habla a los hombres: "¡Oh Señor!, ¿acaso no es verdadera esta Escritura tuya, cuando tú, veraz y la misma Verdad, eres el que la has promulgado?" (*Confesiones* 13,29,44). En ella se descubre la voluntad de Dios, por eso debe ser estudiada con profundidad: "En todos estos libros, los que temen a Dios y los mansos por la piedad buscan la voluntad de Dios. Lo primero que se ha de procurar en esta empresa es, como dijimos, conocer los libros, si no de suerte que se entiendan, a lo menos leyéndolos y aprendiéndolos de memoria o no ignorándolos por completo. Después se han de investigar con gran cuidado y diligencia aquellos preceptos del bien vivir y reglas de fe que propone con claridad la Escritura, los cuales serán encontrados en tanto mayor número en cuanto sea la capacidad del que busca... Después, habiendo adquirido ya cierta familiaridad con la lengua de las divinas Escrituras, se ha de pasar a declarar y explicar los preceptos que en ellas hay oscuros, tomando ejemplo de las locuciones claras con el fin de ilustrar las expresiones oscuras" (*La doctrina cristiana* 2,9,14). Agustín siempre realza el factor divino, porque pretende poner de relieve la autoridad de la Biblia. Habla de ella como documento divino compuesto por el dedo de Dios (cf. *Comentarios a los Salmos* 8,8), pero también resalta el factor humano: "Aquí se insinúa que los profetas de Dios nos dicen las cosas que oyen de parte de Dios y que el profeta de Dios no es más que el anunciador de las palabras de Dios a los hombres, los cuales o no pueden o no merecen oír a Dios" (*Cuestiones sobre el Heptateuco* 2,17). La Biblia es, pues, humana y divina tanto por su origen como por su contenido: "Es un hombre el que habla de Dios, Dios le inspira, es verdad, pero no dejaba de ser un hombre. La inspiración le hizo decir algo; sin ella, del todo hubiera enmudecido. Porque recibió la inspiración un hombre, no dijo todo lo que el misterio es, sino lo que puede decir el hombre" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 1,1).

Cada página de la Escritura está llena de enseñanzas en torno a Cristo y a la Iglesia: "Casi en cada página no suena otra cosa que Cristo y la Iglesia extendida por todo el orbe" (*Sermón* 46,33). Viene de Dios y es necesario descubrir

en ellas a Cristo: "Sí, de Dios son aquellas Escrituras, pero no saben a nada si no se ve en ellas a Cristo" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 9,5). Por eso Cristo es la luz para entender la Escritura, o mejor, la luz nos viene de la pasión del Señor: "La Escritura estaba cerrada, nadie la entendía; fue crucificado el Señor y se licuó como cera, a fin de que todos los débiles entendiesen la Escritura. De aquí es que se rasgó el velo del templo, puesto que lo que estaba oculto se reveló" (*Comentarios a los Salmos* 21,2,15). Es en Cristo donde encuentra su unidad de fondo la Escritura, un Cristo anunciado en el Antiguo Testamento y realizado en el Nuevo: "El Antiguo Testamento es el Nuevo velado, y el Nuevo es el Antiguo desvelado... Desaparece, pues el velo para que pueda comprenderse lo que estaba oscuro. El Antiguo Testamento estaba cerrado porque aún no había llegado la llave de la cruz" (*Sermón* 300,3). Leer la Escritura es entrar en el corazón mismo de Cristo Jesús que nos ha dejado por escrito lo que tenemos que hacer para que nuestra vida sea grata a Dios. Agustín hizo de la Escritura el alimento de su vida cotidiana y fue capaz de repartirla también como pan a su pueblo.

En las Escrituras habla el Espíritu de Dios, pero por medio de los hombres (cf. *La ciudad de Dios* 18,43). Tal vez por esto, la Biblia, según Agustín, está colocada como en un trono para que cada creyente la obedezca, en ella se manifiesta la verdad y no se puede equivocar el que la pone en práctica: "Se ha establecido como en cierta sede, a la que ha de servir toda inteligencia fiel y piadosa. Si algo crea dificultad en estos libros, no está permitido decir: el autor de este libro no dijo verdad, sino o el códice está equivocado, o se equivocó el traductor, o tú no entiendes" (*Réplica a Fausto, el maniqueo* 11,5). Cuando en la Escritura hay cosas que no están claras o no las entendemos, es para que sigamos buscando con mayor empeño: "Por tanto, no entiendes, entiendes poco, no llegas a percibir; venera la Escritura de Dios, honra la palabra de Dios, aun la que no es patente; pospón la inteligencia a la piedad. No seas insolente censurando de oscuridad o malignidad a la Escritura. Nada hay en ella injusto; y, si hay algo oscuro, no es para que se te niegue su entendimiento, sino para hacer desear lo que ha de recibirse. Luego, si hay algo oscuro, el Médico lo recetó de este modo para que llames; quiso que te ejercitases llamando. Lo quiso así para abrir al que llama" (*Comentarios a los Salmos* 146,12).

Evidentemente, si la Escritura contiene el pensamiento de Dios, tiene una gran profundidad, por eso sólo puede entenderla adecuadamente aquel que la ama y que ama a aquellos que la explican, porque en los libros bíblicos se encierra doctrina divina a la que sólo se puede llegar con amor: "Créeme, todo lo que se encierra en esos libros es grande y divino: ahí está la verdad absoluta y ahí la ciencia más a propósito para alimento y medicina de las almas, y tan a medida de todos, que nadie que se acerque a beber de ella según lo exige la auténtica religión, queda insatisfecho" (*Utilidad de la fe* 6,13). Ella es una fuente perenne y siempre nueva de enseñanzas, que no se repite y para comprenderlas se necesita toda la vida: "Porque es tal la profundidad de las Escrituras cristianas, que mi adelantamiento no tendría fin, aunque me ocupara en estudiarlas a ellas solas desde la primera infancia hasta la decrepita senectud, con holgura completa, con extremo afán y con mayor ingenio. No es tanta la dificultad cuando se trata de saber las cosas que son necesarias para la salvación. Pero una vez afianzada la fe, sin la cual no se puede vivir piadosa y rectamente, quedan para los eruditos tantos

problemas, tan velados entre múltiples sombras misteriosas; hay tan profunda sabiduría no sólo en las palabras en que los problemas se presentan, sino también en los problemas reales que se pretenden desvelar, que a los más veteranos, agudos, ardientes en el afán de conocer, les sucede lo que la misma Escritura dice en cierto lugar: Cuando el hombre termina, entonces empieza" (*Carta 137,1,3*).

III. LA ESCRITURA FUENTE DE ALEGRÍA Y MAESTRA DE VIRTUD.

Para Agustín, entender la Escritura es comenzar a disfrutar de la verdadera alegría del Espíritu, porque el Señor con el alimento de su palabra nos concede disfrutar de su inteligencia para poder continuar trabajando: "Por eso el Señor nos alimenta a nosotros, que estamos trabajando, con estos signos de las Escrituras Santas. Si se nos sustrae esta alegría de la inteligencia de estos signos sacramentales, desfallecemos en el trabajo y no habrá quien pueda llegar a la recompensa" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 17,5*).

Las delicias de la Escritura no se pueden comparar con ninguna otra delicia, es más las otras no proporcionan verdadera alegría al espíritu (cf. *Comentarios a los Salmos 38,2*). Agustín quiere llegar al alma de la Biblia y esto sólo se puede conseguir activando la fe desde el amor. Sólo así llegamos a la sabiduría bíblica: "Los aquí reunidos comamos de los manjares divinos, y nuestra alegría sea su palabra. Nos convida con su Evangelio. Él es nuestro manjar, más dulce que ninguno, pero con tal de que se tenga sano el paladar del corazón" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 7,2*).

Lo que nos mantiene en el trabajo es la alegría profunda que nos otorga el Señor. Él siempre nos alimenta con su Palabra si nosotros nos trabajamos a nosotros mismos y esto produce la alegría del corazón y de la inteligencia, es decir, también nuestro conocer recibe luz y satisfacción en contacto con la Escritura y ánimo para seguir en el esfuerzo por clarificar toda la vida. El estudio de la Biblia es fuente de consolación y medio adecuado para reavivar las virtudes teologales: "¿Dónde, pues, encontrar las tres virtudes que el artificio de los Libros santos tiende a edificar en nuestras almas, fe, esperanza y caridad, sino en el alma de aquel que cree lo que intuye, y espera y ama lo que cree?" (*La Trinidad 8,4,6*).

Comprender la Biblia está íntimamente conectado con la vida ordenada. Es cierto que en la Escritura es todo armonioso, pero eso sólo lo descubre el que goza de armonía interior: "En las Escrituras, todo es armonía y orden y no hay allí contradicción alguna. Elimina tú también toda contradicción de tu corazón y penetra tu inteligencia la armonía de las Escrituras" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 19,7*). El que vive ya las virtudes teologales, tiene concentrada dentro toda la Escritura: "El hombre que está firme en la fe, en la esperanza y en la caridad y que las retiene inalterablemente, no necesita de las sagradas Escrituras, si no es para instruir a otros" (*La doctrina cristiana 1,39,43*). De todas las maneras, lo cierto es que para lograr acercarse a la perfección el medio que tiene el hombre a su alcance es la Biblia: "Pondere cada uno en sí mismo cuánto valga la palabra de Dios para corregir nuestra vida, para esperar el premio y temer las penas" (*Comentarios a los Salmos 49,1*).

El estudio de la Biblia pone al hombre siempre delante del modelo que es Cristo y le lleva a un continuo examinarse a la luz de la Palabra. El que tiene el coraje de mirarse en la Escritura como en un espejo, puede descubrir la propia deformidad y de ese modo puede entrar en el camino de la corrección: "Sea para ti la Sagrada Escritura como un espejo. El espejo tiene un resplandor que no miente, ni adula ni ama a unas personas con exclusión de otras. Eres hermoso; hermoso te ves allí; eres feo, feo te ves allí. Pero si te acercas siendo feo, y como tal allí te ves, no acuses al espejo. Vuelve a tu interior; el espejo no te engaña; no te engañes a ti mismo. Júzgate, entristécete de tu fealdad, para que al marchar y alejarte triste, corregida la fealdad, puedas retornar hermoso" (*Sermón 49,5*).

Como cristianos, tenemos necesidad de saborear la Escritura para adentrarnos en el misterio de Cristo y de su Iglesia y para crecer en la propia vida cristiana: "Como no deben permanecer siempre ásperos y como sin condimento estos alimentos, por eso hablamos en la Iglesia de Dios, en nombre de Cristo, a los alimentados y a los que lo deben ser, pues no deben los cristianos abstenerse de saborear este alimento de las Santas Escrituras, de las cuales el mundo se halla apartado. Si las cosas que con frecuencia oísteis las rumiasteis con gozo en el paladar del pensamiento y no las echasteis por olvido como en saco roto, vuestro mismo recuerdo y la memoria nos podrá ayudar sobremanera para no hablar largamente, como a incultos, al exponer las cosas que sabemos conocéis. Recuerdo que habéis oído muchas veces lo que ahora os repito: que apenas encontraréis un salmo que no hable de Cristo y la Iglesia, o Cristo solo, o la Iglesia sola, la cual en parte somos también nosotros" (*Comentarios a los Salmos 59,1*). Aunque utiliza un lenguaje accesible a todos, no obstante, será bueno que para acercarse a la Escritura adoptemos una actitud de sencillez y humildad. La Escritura siempre recomienda la humildad (cf. *Carta 137,5,18*).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cómo profundizar más en el conocimiento de las Escrituras? ¿Qué medios utilizar?
- ¿Puedo afirmar que soy asiduo lector y medito diariamente la Escritura y eso me produce alegría y felicidad?
- ¿Me preocupo por examinar mis comportamientos a la luz de la Palabra?

IV. LA BIBLIA MEDICINA, ALIMENTO Y LUZ.

En la Escritura se encuentra la medicina para toda enfermedad espiritual: "Toda enfermedad del alma tiene en la Sagrada Escritura su propia medicina" (*Comentarios a los Salmos 36,1,3*). Es el Señor el que ha preparado la medicina en la Escritura: "Nuestro Dios y Señor, curando y sanando cualquier clase de enfermedad del alma, presentó muchos medicamentos a través de las Santas Escrituras. Al leer las lecturas divinas, eran como sacadas del botiquín" (*Sermón 32,1*). La razón de esto es que en la Escritura se deja encontrar Cristo como salvador de nuestra vida.

Se asemeja la Escritura a una voz que está siempre sonando para que quien la escuche pueda ser instruido y aprenda las grandes verdades de la vida; cada página manifiesta la voluntad de Dios sobre nosotros: " Donde se te presenta manifiesta la voluntad de Dios, es decir, donde está clara, ámala. Ámala cuando te amonesta claramente. Pero es igual cuando se te manifiesta claramente que cuando se presenta de forma oscura. La misma es cuando está al sol que cuando está a la sombra. Has de seguirla tal cual la encuentras escrita" (*Sermón 45,3*).

La Escritura es alimento capaz de quitar toda hambre y de saciar sin cansar (cf. *Sermón 2,6*) y es que la Escritura es para Agustín como los pastos de alimentos seguros para todos los hombres: " Reuníos en los montes de la Sagrada Escritura. Allí se encuentran las delicias de vuestro corazón; nada hay venenoso, nada extraño; hay pastos ubérrimos" (*Sermón 46,24*). Su doctrina es para todos inteligible: "Dios rebajó las Escrituras hasta la capacidad de los niños y lactantes" (*Comentarios a los Salmos 8, 8*).

De lo que se trata es de alimentar nuestra vida espiritual, y, según Agustín, la Escritura proporciona alimento para vivir la vida cristiana y saciar nuestra inteligencia; pero, a la vez, allí se dan normas para cumplir con los mandatos y cuando hay algo oscuro, deposita en el hombre deseos de profundizar y llegar a descubrir lo oculto: "En toda la abundancia de las Sagradas Escrituras se nos apacienta con las cosas claras y se nos intriga con las oscuras. En un caso se nos quita el hambre y en otro el fastidio" (*Sermón 71,11*). Uno de los principios para aclarar la Escritura es verla a la luz de la misma Escritura: "En el examinar y comentar, amadísimos hermanos, el significado de la Sagrada Escritura, debe guiarnos su evidentísima autoridad, de manera que, partiendo de lo que dice claramente para nutrirnos, se descubra con fidelidad lo que se dijo envuelto en oscuridad para ejercitarnos. ¿Quién hay que se atreva a exponer los misterios divinos de forma distinta a como pregonó y prescribió el corazón y la boca del Apóstol?" (*Sermón 363,1*).

Por otra parte, Agustín, sobre todo predicando a sus fieles, se refiere a la Escritura como pan cotidiano con el que se alimenta el hombre para vivir en esta vida: "Existe otro pan cotidiano: el que piden los hijos. Es la palabra de Dios que se nos ofrece día a día. Nuestro pan es cotidiano: con él viven las mentes, no los vientres... Nuestro alimento cotidiano en esta tierra es la palabra de Dios que se distribuye siempre a las iglesias; nuestra recompensa, posterior al trabajo, se llama vida eterna" (*Sermón 56,10*). "Nadie se lamentará de no haber gustado del pan de la palabra que en la mesa se ha puesto" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 34,1*). "También la palabra de Dios, que día a día se os explica y en cierto modo se os reparte, es pan de cada día" (*Sermón 58,5*). Quien se acerca a este alimento con intenciones torcidas, encuentra muerte en lugar de vida: "Toda palabra divina es saludable para quienes la entienden bien, y perjudicial para los que pretenden, según la perversidad de su corazón, torcerla antes que corregir su corazón conforme a la rectitud de ella " (*Comentarios a los Salmos 48,1,1*).

La Escritura es palabra viva que alimenta y proporciona la salud del hombre interior: "El Evangelio y la palabra viva de Dios, que penetra hasta el fondo de nuestras almas y busca el quicio del corazón, se nos ofrece saludablemente a

todos nosotros y a nadie pasa la mano con adulación, si el hombre no se la pasa a sí mismo. He aquí que se nos ha propuesto como un espejo en el que podemos mirarnos todos; si tal vez advertimos una mancha en nuestro rostro, lavémosla con esmero para no tener que avergonzarnos cuando volvamos a mirarnos al espejo" (*Sermón 301 A,1*). Pero sólo el hombre que está vivo acoge la vida del Evangelio: "Sólo un alma muerta puede contradecir la vida. El Evangelio es vida, y la impiedad o infidelidad es la muerte del alma" (*Sermón 65,5*). Es la palabra de Dios la que tiene el poder para dar vida y resucitar de la muerte: "Son los muertos que resucita la palabra de Dios para que vivan en fe. La infidelidad los tenía muertos, la palabra de Dios los alza del sepulcro" (*Sermón 127,7*).

La Palabra es también bebida refrescante en medio del calor abrasador que se soporta en la vida: "Pero ahora, para no desfallecer en el desierto, nos sostiene el rocío de la palabra de Dios y no permite que nos sequemos por completo a fin de que no tengamos nueva aspiración de lo nuestro, sino que de tal modo sintamos sed, que bebamos" (*Comentarios a los Salmos 62,3*). Cada uno se sacia según su propia sed, no es para todos lo mismo: "El Señor mismo difundió por todo el mundo su Evangelio para que todos, cada uno según su capacidad, bebiesen de él" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 124,7*).

Además, la Escritura es la lámpara capaz de iluminar todos los caminos de los hombres y poner al descubierto la propia existencia: "Entre tanto no falte en esta noche la lámpara. Y esto es quizá lo que hacemos ahora, pues, al exponer estas palabras de la Escritura, presentamos la lámpara para que nos alumbré en esta noche; la cual debe estar siempre encendida en vuestras moradas" (*Comentarios a los Salmos 76,4*). Hemos de estar agradecidos a Dios que nos ha dado la Biblia como una luz que ilumina: "Bendito sea Dios, que nos dio las Escrituras santas. No cerréis los ojos al resplandor de esta luz. El resplandor se engendra de la luz, y, con todo eso, el resplandor es coeterno a quien lo engendra. Siempre existió la Luz y siempre su resplandor... Os ruego paréis mientes en aquel de quien hablamos. Oíd, reflexionad, creed y comprended: hablamos del mismo Dios" (*Sermón 118,2*).

Las Escrituras son como lámparas que son necesarias ahora; cuando lleguemos al reino, en presencia de Dios, ya no necesitaremos estas luces para conducirnos: "En presencia de aquel día, no habrá necesidad de lámparas, ni se nos leerán los profetas, ni se abrirán las epístolas del Apóstol, ni iremos en busca del testimonio de Juan, ni necesitaremos siquiera del Evangelio mismo. Desaparecerán, pues, todas las Escrituras, que, como lámparas, estaban encendidas en la noche de este siglo con el fin de no dejarnos en tinieblas" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 35,9*).

Como una madre con sus hijos, así se comporta la Escritura s con los hombres: mientras el hombre es carnal usa un lenguaje carnal, para conducirlo a un nivel más espiritual y poder usar otro lenguaje más apropiado: "Aunque ella es espiritual, con frecuencia, no obstante, con los carnales camina casi carnalmente. Pero no quiere que permanezcamos carnales, como la madre que gusta de nutrir a su pequeño, pero no desea que permanezca pequeño. Lo lleva en su seno, lo atiende con sus manos, lo consuela con sus caricias, lo alimenta con su leche.

Todo esto hace al pequeño, pero desea que crezca, para no tener que hacer siempre tales cosas" (*Sermón 23,3*).

La Escritura es la narración, por la misma boca de Dios, de su propio misterio. La palabra de Dios no es un medio para llegar a una determinada conclusión, sino el pan que alimenta, regenera las fuerzas y sana las heridas producidas por un malestar o una diferencia de criterios. Es necesario llegar a ser familiares de la Palabra de Dios, porque la ignorancia de la Escritura es la ignorancia de Cristo. Ella nos ayuda a vivir la verdad de la propia vida, en la verdad de Dios, del modo más auténtico posible. La Escritura es el mundo de Dios, el mundo de las realidades verdaderas, el mundo de las coordenadas que nos ayudan a comprender nuestra vida.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN: LA BIBLIA Y EL AMOR.

Fundamentalmente, lo que se recomienda en la Escritura son los dos preceptos del amor: "Me extraña que no sepas que ignoro muchas cosas, no sólo en otras disciplinas, sino en las mismas santas Escrituras; en ellas es mucho más lo que ignoro que lo que sé. Pero creo que no es estéril la esperanza que pongo en el nombre de Cristo, porque no sólo he creído a mi Dios, que me enseña que en los dos preceptos se encierran la Ley y los Profetas, sino que lo he experimentado y lo experimento cada día" (*Carta 55,21,38*). Para Agustín todo lo que piensa de bien el hombre o descubre en cualquier página de la Biblia, no tiene otro fin que la caridad: "Todo lo que de saludable concibe la mente, o profiere la boca, o se arranca de cualquier página de la Escritura, sólo tiene por fin la caridad... Ninguna otra cosa busquéis en la Escritura; nadie os mande otra cosa. En todo lo que en la Escritura está oculto, está oculto este amor, y en todo lo que en ella es patente, se halla patente este amor. Si en ninguna parte apareciese patente, no te alimentaría; si en ninguna apareciese oculto, no te ejercitaría" (*Comentarios a los Salmos 140,2*).

En la caridad está toda la sabiduría de la Escritura, de tal manera que si posees la caridad tienes incluso aquello que no has podido conocer de la revelación: "El amor por el que amamos a Dios y al prójimo posee confiado toda la magnitud y latitud de las palabras divinas... Si, pues, no dispones de tiempo para escudriñar todas las páginas santas, para quitar todos los velos a sus palabras y penetrar en todos los secretos de las Escrituras, mantente en el amor, del que pende todo; así tendrás lo que allí aprendiste e incluso lo que aún no has aprendido. En efecto, si conoces el amor, conoces algo de lo que pende también lo que tal vez no conoces; en lo que comprendes de las Escrituras se descubre evidente el amor, en lo que no entiendes se oculta. Quien tiene el amor en sus costumbres, posee, pues, tanto lo que está a la vista como lo que está oculto en la palabra divina" (*Sermón 350,2*). Por lo tanto, "quien tiene su corazón lleno de amor, hermanos míos, comprende sin error y mantiene sin esfuerzo la variada, abundante y vastísima doctrina de las Sagradas Escrituras" (*Sermón 350,1*).

Por eso quien se acerca a la Escritura es invitado a llevar a la práctica lo que ha escuchado: el amor a Dios y a los hermanos. Esta es la ciencia que se desprende del estudio de la Escritura: "Porque en éste se ejercita todo el estudio de las divinas

Escrituras, no encontrará en ellas otra cosa más que se ha de amar a Dios por Dios y al prójimo por Dios; a Este con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; al prójimo como a nosotros mismos, es decir, que todo amor al prójimo como a nosotros ha de referirse a Dios" (*La doctrina cristiana* 2,7,10). Entender la Escritura, por tanto, es edificar el amor y vivir de él (*La doctrina cristiana* 1,36,40). El que juzga haber entendido las divinas Escrituras o alguna parte de ellas y no edifica este doble amor de Dios y del prójimo, aún no las entendió

La palabra de Dios no basta con escucharla es necesario que se cumpla, que nos mueva a vivir cada día de una manera nueva, distinta. Agustín insiste para que no nos conformemos con oír: "Come bien y digiere mal quien oye la palabra de Dios y no la pone en práctica. No hace llegar a su cuerpo el jugo conveniente, sino que por la indigestión eructa una cruda molestia" (*Sermón* 28,2). La ciencia está en ser cumplidores, para ser auténticos receptores de la Palabra, de lo contrario nos privamos de sus mejores frutos, es más, edificamos nuestra propia ruina: "Todos somos oyentes en el interior y todos debemos ser cumplidores de la palabra externa e internamente en la presencia de Dios... Hermanos míos, que vinisteis con entusiasmo a escuchar la palabra: no os engañéis a vosotros mismos a la hora de cumplir lo que escucháis. Pensad que, si es hermoso oírla, ¡cuánto más será el llevarla a la práctica! Si no la escuchas, si no pones interés en oírla, nada edificas. Pero si la oyes y no la llevas a la práctica, edificas una ruina" (*Sermón* 179,7-8). Por eso Agustín nos invita a no despreciar en la vida cotidiana el mensaje de la Escritura: "No busques alabar con la lengua la palabra de Dios y despreciarla con la vida. Lo que dice se siente suave cuando se escucha; ¡cuánto mayor será esa suavidad una vez realizado!" (*Sermón* 53A,1).

En el fondo, de lo que se trata es de aprender a vivir bien y esto se puede aprender fácilmente si nos acostumbramos a sacar del tesoro que es la Escritura lo que en él se encierra: "En la ley hay muchos preceptos, donde está contenida, se manda y se aprende la misma vida buena... Las Sagradas Escrituras son como un inmenso tesoro que encierra en sí muchos preceptos maravillosos, a modo de muchas gemas y preciosos collares y vasos finos de buen metal. Pero ¿quién es capaz de examinar tan inmenso tesoro, de servirse de él y de llegar a descubrir todo lo que en él hay?" (*Sermón sobre la disciplina cristiana* 2,2). Muchas veces la Escritura es clara, más que explicaciones lo que se necesita es alguien que sepa obedecer y ponga por obra lo que ha aprendido: "Mis fuerzas, hermanos, son escasas, pero son grandes las de la palabra de Dios. Demuestre su poder en vuestros corazones. Por lo tanto, lo que yo digo despacio lo habréis oído bien si obedecéis. Como por medio de una nube, el profeta Isaías, tronó el Señor. Si le oísteis, sin duda os habéis asustado. Lo dijo claramente, de modo que estas cosas no necesitan quien las explique, sino quien las cumpla" (*Sermón* 42,1). Es necesario que el hombre se deje atrapar por la Palabra y cambie la vida: "Así es la Palabra de Dios y así debe de ser para los fieles, como el anzuelo para el pez, que lo coge cuando es cogido. No se hace un agravio a quienes son cogidos, puesto que lo son para darles la vida y no para destruirlos" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 42, 1).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Puedo decir que mi vida está evangelizada y que vivo según criterios evangélicos?
- ¿Me dejo iluminar y alimentar por la Palabra de Dios?
- ¿Qué pasos tendría que dar para abrirme más a la Escritura y saborearla mejor?